

Adriana pide PAN y no le dan, le dan un hueso que se le atora en el pescuezo. Pidió Profepa y no se la dieron. Ahora suplica por una jefatura de unidad en la Presidencia

Esas pequeñas cosas...

BEATRIZ PATRACA

Ayer leí que la última fábrica de máquinas de escribir mecánicas, la *Godrej and Boyce*, instalada en la India, cerraba sus puertas. Me entró una tristeza pequeña y culpable porque hace muchos años que dejé de escribir golpeando esas teclas duras y cambiando de renglón con el movimiento del carro y su ruido característico. No sólo es la máquina, son todos sus artilugios: las tiras blancas para corregir errores, los carretes entintados, el papel carbón y la goma limpiatipos. ¿Cuántos objetos que nos resultaron comunes hoy están a punto de ingresar en un museo? Se me ocurren varios: el teléfono de disco, los pañuelos de tela, los cuadernos para caligrafía, los telégrafos, la leche en botellas de vidrio, los casetes, entre otros.

Además de los objetos en sí, está la forma en que nos relacionamos con ellos, el simbolismo que le damos y la manera en que inciden en nuestra vida cotidiana. Grandes tramas literarias no serían hoy lo mismo porque esas confusiones y largas esperas que terminaban en cataclismos amorosos, hoy quedan resueltas con una llamada al celular. Sin contar los oficios que se han perdido con el tiempo y las herramientas que han mutado o desaparecido.

Algo tan simple como el acto-reflejo de mirarse la muñeca cuando alguien pregunta la hora, es una construcción gestual del objeto en sí y empieza a finales del siglo XIX cuando se popularizaron los relojes de pulsera. Antes se echarían la mano a un bolsillo para buscar el reloj atado con la cadenita y mucho antes mirarían al campanario o al edificio público que tuviera el reloj del pueblo. Ahora los gestos empiezan a dividirse: se vuelve a rebuscar en los bolsillos el teléfono para ver la hora.

Los tiempos cambian y sería absurdo echar de menos a los carruajes tirados por caballos pero lo de la máquina de escribir tan bonita, tan entrañable y tan cercana, da una cierta nostalgia prematura. Al menos nos deja el teclado *Qwerty*, disposición que surgió para que se pudieran usar las dos manos y para que los martillos de las teclas no se trabaran. Nos lega también un montón de recuerdos.

Aprenderá Eduardo a caminar de nuevo

JOSÉ CARLOS AVENDAÑO

Hace año y medio la vida de Eduardo cambió radicalmente por un accidente automovilístico. Cuando recuperó el conocimiento, estaba en un hospital y había perdido su pierna derecha.

El pasado martes, Eduardo reinició una nueva etapa en su vida, pues le fue donada una pierna ortopédica para que en una semana pueda caminar sin el apoyo de unas muletas o un bastón.

“Me amputaron la pierna derecha por un accidente automovilístico que tuve hace año y medio, tomé la camioneta de un tío y salí a dar una vuelta, no recuerdo qué me pasó, creo que me quedé dormido y cuando desperté estaba en un hospital y mi padre me dijo lo que me había pasado”, rememora Eduardo Pérez Gutiérrez, un joven de 22 años de edad, originario de Tepetitla de Lardizábal.

—¿Ibas alcoholizado?—, se le inquiriere a Eduardo.

—No, fue un descuido o me quede dormido, no recuerdo

Perdió su pierna derecha en un accidente automovilístico y con una prótesis que le donó la Beneficiencia Pública dejará las muletas para seguir su vida y buscar integrar una familia propia

bien. Eran como las 6 de la tarde, no recuerdo que pasó, me impacte contra la caja de un tráiler en la carretera, cuando recupere el sentido no me ubicaba dónde estaban, hasta que me dijo mi papá lo sucedido.

—¿Cómo te ha cambiado la vida a raíz de este accidente?

—Uno ya no puede hacer las cosas solo, ahora hasta lo más sencillo que es bañarse me cuesta, por eso me tienen que bañar. Agradezco a dios por la familia que me dio, porque gracias a su apoyo he salido adelante.

Sin embargo, Eduardo enfatiza que desde el momento en que aceptó que ya no tiene una pierna, las cosas le han sido más fáciles.

—¿A qué te dedicas?

—Estudio la preparatoria y es-

pero graduarme como docente.

—¿Cómo logras que la Beneficiencia Pública del Estado de Tlaxcala te done una prótesis?

—Después de que mis padres estuvieron formados en la Beneficiencia un año, por fin nos dan este apoyo. La prótesis tiene un costo superior a los 150 mil pesos y es la primera que tengo. Hoy vuelvo a aspirar de nuevo a muchas cosas, sólo hay que acostumbrarse y adaptarse. Necesito hacer ejercicio y terapia una semana para soltar las muletas y caminar sin el apoyo de ellas o de un bastón.

—¿Qué te dicen tus amigos en la escuela de tu discapacidad?

—Me apoyan, bromean conmigo, son amistades sinceras.

—¿En la escuela a la que asistes hay las condiciones de infraestructura para que puedas

trasladarte sin problemas?

—No, pero puedo subir y bajar las escaleras, no me siento discriminado, no por el hecho de que me falte una pierna no pueda hacer muchas cosas. La gente discapacitada tiene igual o más oportunidades de sobresalir que las personas normales.

—¿Qué opinas de que la población no apoya a los discapacitados?—, se le inquiriere.

—Uno nunca se imagina que va a estar en esa situación, al menos en mi caso y a lo mejor el caso de muchos que nunca nos imaginamos que un día podemos estar en un hospital o que vamos a perder una extremidad. Antes pasaba la gente sin una pierna o un brazo y lo volteaba a ver, pero no pensamos que les causa alguna incomodidad, responde.

—¿Has perdido la ilusión por vivir?—, se le pregunta.

—No, yo creo que después del accidente tengo muchísimas ganas de vivir y hacer cosas que antes no hacía.

—¿Como qué?

—Seguir estudiando, seguir sobresaliendo, por ejemplo estoy en un equipo de básquetbol en sillas de ruedas y hay muchas cosas en las que puedo sobresalir, afirma.

Eduardo ha superado poco a poco el trauma de perder una extremidad inferior, ahora piensa en su futuro y entre los planes que tiene están terminar la carrera como docente y formar su propia familia, “no por el hecho de que me falte una pierna estoy cerrado a todo esto, todos tenemos las mismas oportunidades.

—¿Tienes novia?

—Sí, mi novia me apoya mucho, se presta mucho a platicar conmigo y es una persona que vale mucho la pena.

—¿Por qué quieres ser maestro?—, se le cuestiona.

—Me gustaría enseñar, dar consejos, aunque obviamente uno sin ser maestro puede dar buenos consejos y me gustaría enseñarle a los chavos.

Por último, Eduardo agradece a su familia que siempre ha estado con él y a la doctora Carolina Molina López, quien todo el año en que estuvo en la lista de espera para recibir la prótesis, estuvo pendiente de los trámites ante la institución y “ahora que la recibo estoy emocionadísimo”.



Eduardo Pérez afirma que después del accidente en el que perdió una pierna tiene más ganas de vivir y hacer cosas que antes no hacía ■ Foto Alejandro Ancona